

## Los que no pueden, también quieren hablar

Santiago Paricio

Palabras para un niño sordo que sonríe y es feliz al sentir la atención, el cariño y el esfuerzo de sus compañeros y profesoras. La lengua de signos y la atención especial son derechos de los que disfruta a pesar de que a su colegio le hayan privado de medios.

Este breve artículo va dedicado a él, un alumno nuevo de mi instituto. Una buena persona. Un buen chico. Amigable, sonriente, divertido, juguetón, simpático e inocente. Es su primer año en el centro, y tiene una característica especial que lo diferencia de los demás: es sordo, no oye nada.

No sé mucho de él, ni sé apenas de este colectivo, pero lo que me han contado es la historia de una persona muy especial. Que no pueda oír no significa que este alumno no pueda hablar, no significa que no quiera ser comprendido, y no significa que esté acostumbrado a estar aislado. Ha crecido en un mundo en el que el resto de sus compañeros, familiares, vecinos y profesores no sabían cómo comunicarse con él. Varios errores del sistema (que funciona bien para las mayorías, pero en ocasiones como esta, mal para las minorías) han hecho que no haya adquirido bien la lengua de signos, que no haya más gente con su problemática en la zona, que no pueda socializarse como debería, que no haya dinero para llevarlo al colegio especializado de Zaragoza, que no haya para casi nada, y que el implante que se le puso, al parecer, tarde, no funcione

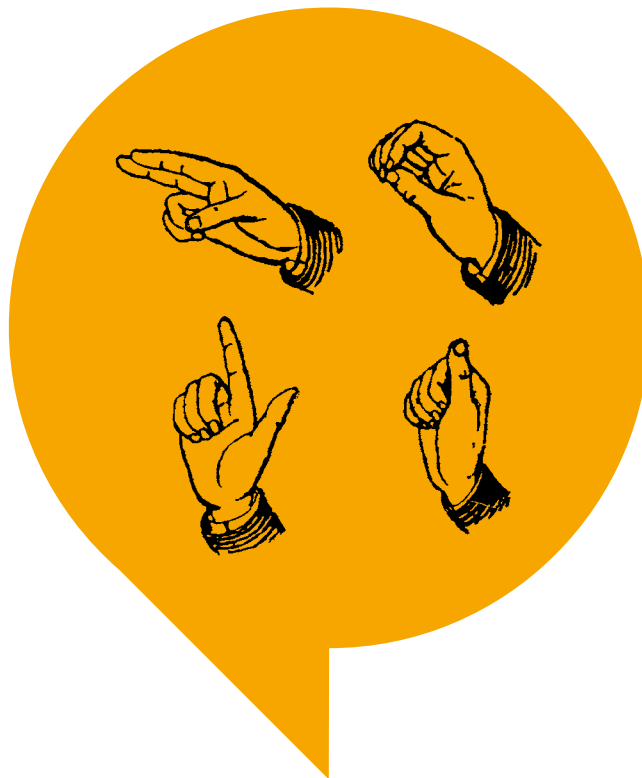
y siga sin oír ni palabra. Se comenzó enseñándole sistema bimodal (algo mixto entre castellano y lenguaje de signos), pero eso hizo que no adquiriera adecuadamente una lengua materna como el resto de niños de su edad. Este curso, su primero en un Instituto, saltaron todas las alarmas: rodeado de adolescentes, en un ambiente menos controlado, con una crisis que merma las posibilidades de muchos, con más recortes en educación... No ha ocurrido así. Afortunadamente, a pesar de todos estos problemas, cuando lo veo por los pasillos del Instituto, es feliz. ¿Cómo?

“ La lengua de signos sufre los mismos cambios y procesos que el resto de lenguas, pues es una más. ”

Antes de dar la solución, explicaré algo que todos deberíamos saber: la lengua de signos es una lengua como otra cualquiera. No es castellano, inglés o ruso traducido a gestos. Es una lengua con sus

características y dialectos. No es igual la que se habla en Francia, Inglaterra o Estados Unidos, e incluso existen diferencias entre la de Andalucía y la de Aragón. La lengua de signos sufre los mismos cambios y procesos que el resto de lenguas, pues es una más. Es difícil escribirla, y más aún estudiarla en el sistema educativo actual, aunque desde el 2007 sea oficial. Además, por si lo anterior fuera poco, es la lengua de una comunidad de personas que la necesitan de forma vital, es su única forma de comunicarse más allá de la escritura, pero no mucha gente la conoce. Por todo esto, él lo tendrá bastante más complicado en su vida. Probablemente, la parte de “hablar” será en su caso imposible. La idea es sencilla: una persona como él tendrá que tener a un intérprete que le acompañe, tendrá que recurrir a programas informáticos que aún están en desarrollo, o tendrá que sufrir y ver cómo ir al médico, comprar en una tienda, estudiar una carrera o sacarse el carnet de conducir se convierten en experiencias francamente complicadas. En muchas ocasiones, si además se une la sordera a

# Hola



Óscar Baiges

una situación socioeconómica complicada, el problema se agrava.

Estudiar esta lengua resulta igual de arduo que cualquier otra. Sorprende que no se le dedique un mínimo de tiempo en los colegios e institutos, por mucho bilingüismo en inglés, francés o alemán que se quiera imponer. Es una lengua que requiere años de perfeccionamiento, y por desgracia aún no se ha implantado completamente en muchos organismos. En Aragón, más allá de la Agrupación de Personas Sordas, no se puede estudiar en ninguna Escuela Oficial de Idiomas aunque esa lengua también sea propia de aragoneses (al igual que le pasa al aragonés, por cierto), y tampoco hay estudios oficiales en la Universidad. Al parecer, hay un Ciclo Superior para ser intérprete. Poco más desde lo público. Muchos pensábamos que en nuestra sociedad altamente industrializada, con un elevado uso de tecnologías y en un estado de bienestar como el que hasta ahora poseíamos, una persona como él no habría tenido problemas. Eso pensaba, hasta que

me encontré con la realidad. La cruda realidad de un chico que no tiene apenas apoyos.

“ María y Sara, sus profesoras, están voluntariamente dando cursos de lengua de signos al resto de sus compañeros. ”

¿Cómo es feliz? Nos preguntábamos. La respuesta es sencilla: porque hay gente que se preocupa de hacerle feliz. En su caso, tiene dos profesoras que están la mayoría del tiempo con él, enseñándole en lengua de signos. Ellas están con él y con algunos alumnos más, cada uno con sus problemas, aunque solo él sea sordo. “Algo es algo”, dirán los gestores que no han aprobado pagarle el viaje diario a Zaragoza para aprender como debiera. Mientras tanto, María y Sara, sus profesoras, están voluntariamente dando cursos de lengua de signos al resto de sus compañeros, quienes aprenden lo justo en algunos recreos, pero para él suficiente. Y además, gracias a ellas,

varios profesores están aprendiendo la lengua por las tardes. No mucho, pero lo básico para decirle esas cuatro cosas que él necesita que le digan para no estar solo, para que le hablen, para que nos hable o, al menos, nos mire sabiendo que puede decirnos algo. ¡Qué fácil es que te sonría cuando esbozas una palabra, un “buenos días”, o un “gracias”!

Estas líneas son, desde lo personal, un reconocimiento a todas aquellas personas que, como sus profesores y compañeros, saben lo importante que es hablar, saben que las personas vivimos en sociedad, no en soledad, que el lenguaje nos hace humanos, nos hace libres, que buscamos agradar, intercambiar sentimientos y aprender unos de otros. Las lenguas no pueden ser en ningún sentido barreras. Las lenguas son puentes: puentes hacia la diversidad, la convivencia, el reconocimiento del otro, el aprendizaje y la creación de sociedades más igualitarias y más humanas. Las lenguas nos ayudan a ser felices, a acercarnos al otro, a conseguir que, por ejemplo, cuando él nos mire una mañana cualquiera, le digamos “buenos días” y, tímidamente, como agradecimiento, nos sonría como solo él sabe hacer.